

Refugio en La Soledad

*Carolina Cuervo G.**

figis2007@yahoo.com.br

Carlos Escobar lleva una relación netamente sensual con ellas. Desde su infancia han estado a su lado y hace 12 años que se convirtieron en su oficio. Y cómo no quererlas, si casi tres cuartas partes de su vida las ha pasado a su lado. Ellas, las páginas de los libros, son para Carlos uno de los vicios que nunca ha pensado en dejar. Eso es lo que dice hoy, a sus 41 años cumplidos.

Recostado sobre una de las puertas abiertas del garaje donde se ubica su librería, bajo el sol de una tarde de miércoles, pasa las hojas de un libro sin distraerse con los motores de la fila de carros impacientes que pasan por la calle 39. *“El hombre es un dios cuando sueña y un simple mortal cuando vive”*, está escrito en letras negras sobre un tablero que cuelga de la otra puerta. Al lado, los rayos ocres del sol iluminan el vidrio opaco que cubre una vitrina con varios libros de esquinas raspadas y hojas amarillas.

“Un oasis”, “una tienda de campaña”, “un refugio”. Así describe Carlos Escobar su casa, librería, espacio para música, partidas de ajedrez y discusiones, todo reunido en un garaje del barrio La Soledad.

Dentro del lugar, las estanterías de libros suben por una pared hasta el techo. Los libros también están en una mesita de madera, y en una repisa sobre la cama siempre ocupada por los visitantes. Siguiendo las escaleras de madera que empiezan casi en la puerta del garaje, se llega a un altillo donde en un caos que tapa una cortina, entre los tubos que salen y entran por el techo, ropa, papeles y una ‘vista al mar’, hay más libros, entre ellos algunos con poemas escritos por él.

▷▷ * Comenzó a estudiar Comunicación Social en la Javeriana.
Taller de Usaquén.

Aunque parece que en la librería nada tuviera puesto y Carlos dice no gozar de buena memoria, sólo necesita de pocos segundos para encontrar cualquier libro entre más de 2.000 repartidos por el lugar. Recuerda y habla del pasado de cada uno, sus dueños y sus historias.

Y así ha sido durante el tiempo que lleva de librero, casi el mismo que ha vivido en Bogotá, pues fue acá donde adoptó este oficio con los libros. De hecho, cuando repentinamente decidió venirse a la ciudad hace más de 12 años, trajo en su mochila solo lo necesario: *“Un jean, un par de camisetas y un par de libros”*. Le habían presentado a Jackie en Medellín, pero ella estaba de paso, pues vivía y trabajaba en Bogotá. El caso es que, como lo define él, *“hubo un impacto afectivo muy fuerte”*. Tiempo después, el día que ella cumplía años, Carlos celebró su cumpleaños toda la tarde con unos amigos, y en la noche la llamó y le contó lo que estaba haciendo. Y al cabo de los días Carlos estaba montado en un bus que lo acercaría 2.600 metros a las estrellas. *“Es una de las personas más maravillosas que me han ofrendado para compartir esta vaina que uno no sabe como denominar, pero digámosle vida”*. Vivió con Jackie alrededor de un año, pero llegó a Bogotá para quedarse.

♦ Peculiar clientela

Luego de la separación, Carlos se fue a convivir con los libros en este espacio, que hoy es mucho más que otra librería de las tantas que hay en las calles de Bogotá. En ella confluyen todo tipo de individuos, que al contrario de lo que muchos creerían, no siempre van con la intención de comprar un libro. Algunos simplemente se sientan a leer un rato. Como Jaime, que pocos minutos después de llegar ya está acomodado en una silla leyendo un libro acerca del Mecong (un río que pasa por el sureste asiático y está entre los 10 más largos del mundo).

“Pero vea, sí quedaron cosas buenas de la Feria de Tulúa!”, exclama Carlos mientras hurgando detrás de la silla de madera en la que está sentado, hace aparecer una botella de aguardiente blanco, de la que queda poco menos de la mitad. Ayer llegó de este municipio del Valle del Cauca, después de asistir a conciertos, teatro, exposiciones y aglomeraciones de gente, y maravillarse con la música de Willie Colón.

Y es que no es cosa rara que Carlos ande de viaje. Parte del constante movimiento en el que se mantiene lo conforman sus frecuentes trayectos, con dirección, pero no siempre con destinos programados. Se considera un nómada. *“Es una de las particularidades que lucho ferviente y ardorosamente por no perder, que no quiero que me secuestren, que me quiten o que me exterminen”*. El nomadismo supone no establecerse en un lugar fijo, tener un movimiento absoluto, hacer del viaje un fin en sí. *“¿Cómo puedes controlar a alguien que siente que el planeta es su casa? ¿Dónde lo vas a encerrar? ¿Alguien para quien todos los seres humanos son sus hermanos, ¿De qué lo vas a acusar? No se puede”*.

♦ La trashumancia de Carlos

A pesar de sus “discrepancias de forma y fondo” con EEUU, también ha viajado en esa dirección. En su primer viaje, hace seis años largos, conocer un país con estaciones lo llevó a enfrentarse con un inclemente clima de varios grados bajo cero. Así fue como su cuerpo comenzó a producir una alergia, desde la cabeza hasta la punta de los pies, con formación de placas que se fracturaban. La exasperación lo llevó a viajar hasta el pueblo vecino, donde vivía su hermana. “*Motiláme*”, le pidió Carlos, y ella respondió: “*¿Usted está loco? ¿Está trabado?*”. Y no era para menos, pues su pelo se enredaba en rastas que colgaban de su cabeza hacía ocho años y medio. En este tiempo sólo una vez las había cortado, a manos de Toño, el dueño de la casa de la que se desprende la librería, y un muy buen amigo de Carlos, “*a tal punto que a veces siento que es mi hermano*”.

Hoy sus rastas bajan hasta un poco más abajo de los hombros y él constantemente está tocándolas, como asegurándose que todavía estén ahí. Al dar una mirada retrospectiva, Carlos ve mucho más clara la razón de su alergia: parecía que su organismo reaccionó a las bajas temperaturas, pero lo que realmente le resultaba intolerable no era el frío, sino el estar allá, era una reacción contra el *modus vivendi* de los estadounidenses.

A pesar de esto, no fue la última vez que viajó a Estados Unidos, pues algunos de sus hermanos viven allá. Carlos nació en la Vereda El contento, en San José de Risaralda, y fue el último de 9 hermanos, pero de estos sólo 3 viven en Colombia. Los 9 están vivos, o bueno, “*al menos respiramos y nos palpita el corazón*”. En Colombia vive Maria Ximena, su única hija, que tiene 24 años, y su nieto, que el pasado 14 de junio cumplió 4 meses.

Un día antes, el 13 de junio, Fernando Pessoa habría cumplido 119 años. Este “*maravilloso escritor portugués*” lo ha acompañado por mucho tiempo, es alguien a quien ama y admira y que, según él, “*está más vivo que un altísimo porcentaje de las personas que me encuentro todos los días. ¿Tu todavía crees que estar vivo es que le palpita el corazón?*”. El libro del *Desasosiego* ha estado con él durante muchos años. Desde sus primeros años de librero lo acompaña a donde va, a todos sus viajes lo lleva y lo esta leyendo constantemente, pues tiene un profundo significado en su vida.

♦ El rumbo de los libros

Pero Carlos está siempre buscando no apegarse a lo material, pues para él es inconcebible esclavizarse de objetos efímeros. Seguramente habrá un momento en el que sienta que *El Libro del desasosiego* ‘cumplió el ciclo’ con él, entonces, “*se lo vendo a otra persona para que tenga la oportunidad de convivir amorosamente con este personaje*”.

Todos los libros que han pasado por sus manos tienen su propio rumbo y Carlos es una estación en este camino. “*Estos libros que hay acá son míos en cuanto a que yo los adminis-*

tro para que otros individuos puedan tener acceso a ellos, pero yo no veo en esto una posesión. Cada libro tiene una historia particular y queda en las manos de quien debe quedar”.

El liberarse de las posesiones es una necesidad milenaria, promulgada por hombres y mujeres de nuestro “pasado mítico”. Se trataba simplemente de estar en armonía consigo mismo y con el medio ambiente, teniendo como resultado la felicidad. *“Hay muchas cosas que me interesan de Siddharta Gotta. Me parece que hay ciertos preceptos de Buda que deberíamos leer con mayor frecuencia”.* Pero no es que Carlos quiera ser monje, no le interesa en lo más mínimo. Más bien, como él dice, lleva lo que los pecados podrían llamar una ‘vida disipada’. *“Me gusta el sexo, me gusta la marihuana, me gusta el alcohol”.*

Con Javeriana Stéreo de fondo la tarde en la librería va pasando. El sol comienza a hundirse entre las nubes y Manuel, de corbata y con unas gafas de gruesos lentes ocupa ahora un espacio más en el acogedor garaje. Saca de su bolsillo unas hojas, entre las que se lee la primera: una definición de “ritual” de Wikipedia. Y de eso es lo que quiere hablar. Del mito, los ritos y rituales, de las formas que palabras tan simples pueden adoptar y cómo su significado puede mudar entre diferentes épocas y culturas.

Este es un tema recurrente para Carlos, pues para él toda acción se podría mirar como un rito, porque su propósito es hacer de todos los actos cotidianos un ritual. *“Tu vida debe ser un permanente ritual, pero no una vaina abstracta, sino en la cotidianidad. Hacer que todos los actos sean un rito: la lectura de un poema, un trago de aguardiente, una mirada. Creo que si lo intentáramos hacer nuestras relaciones interpersonales variarían sustancialmente”.*

Los rituales y los alucinógenos siempre han estado unidos. Carlos ve en los libros y las mujeres otros alucinógenos, pues *“tienen la particularidad que creo que debe tener todo alucinógeno para acercarse a él de una manera ritualística: se pueden alcanzar otros estados de percepción”.*

♦ Los vicios consentidos

“Los cuatro vicios que en esta adolescencia en que vivo no tengo la más leve intención de dejar son: las mujeres, la marihuana, los libros, el alcohol”. Las mujeres, además de su ‘vicio’, han tenido una presencia constante en su vida: *“Tengo una hija, creo que tengo más amigas que amigos y he convivido con siete mujeres”.* Hace dos años que vive solo, aunque con la compañía de sus libros y sus amigos, que constantemente lo visitan. Vivir solo es para él una experiencia muy interesante. *“Si existe alguna misión en la vida del ser humano debe ser el hallazgo de nuestra música interior. Nos pone en conexión directa con la felicidad basada en el placer”.*

Pero Carlos también percibe la soledad como una enfermedad epidémica que se puede ver en todas las ciudades del mundo. *“Mientras más civilizados, más estúpidos nos volve-*

mos. Los procesos que ha implantado la política neoliberal con sus herramientas de globalización tiene como una de sus armas más poderosas el exterminio de conocimiento, para así poder medir con el mismo rasero a cualquier individuo del mundo (...) La soledad que puede percibir un tipo en Brooklyn es muy similar a la que puede percibir alguien en Bogotá”.

Y como consecuencia de esto, Carlos menciona —además del olvido de nuestro pasado— la pérdida del arte de la conversación. *“Veo que en muy poco tiempo las personas que sean encontradas en la calle conversando serán tratadas de extrañas, exóticas y luego de peligrosas. Porque están ‘conversando’; no están chateando, hablando por celular o ‘trabajando, trabajando, trabajando’”.*

Y ahí es donde Carlos hace la diferencia. Su librería, no es solo un lugar donde se venden libros. *“Mi relación con los libros es mas sensual que comercial”.* Es además su casa. Por eso tuvo claro desde el principio (tal vez fue lo único que tuvo claro) a quiénes abriría las puertas de su casa, por lo tanto, qué tipo de libros compraría. *“No es lo mismo que yo te venda a ti un libro de Anthony de Mello a que te venda uno de Fernando Pessoa. Me interesa más conocer individuos para discutir ideas, que vender fórmulas de felicidad y enamoramiento”.*

Es su librería. Es su casa. Pero también busca un lugar de encuentro donde las personas se puedan reunir con toda tranquilidad. *“Lo que me interesa es combatir el maquiavelismo de ‘dividir para reinar’ que nos está volviendo mierda”.* En esta *“tienda de campaña abierta a los nómadas”* nunca va a faltar un tablero de ajedrez y dos guitarras que no están de adorno. Allí llegan directores de cine, estudiantes, novelistas, músicos, poetas, ladrones.... *“Dije ladrones, no políticos; esos son honestos”.*

Mientras Carlos continúa su conversación con Manuel, un individuo se suma a la reunión y con una de las guitarras, adornada con una lagartija y una tortuga de papel brillante, hace parar a Carlos, que ahora canta y baila al ritmo de *Lágrimas Negras*. El garaje silencioso, tranquilo y en el que hace unas horas sonaba jazz, música fusión y bossa nova, de repente se transforma en un lugar donde las botellas de whisky no se quedan quietas y la música es en vivo.

“Lo que me gustaría es que este tipo de cosas (pero no exactamente como lo estoy proponiendo yo), cada día se multipliquen más. Que en vez de haber cada día más soldados, haya cada día más librerías, más tableros de ajedrez, más libros sobre el Mecong, más poemas de Pessoa”.